

en mal estado y fundarlos nuevos en otras ciudades. Durante esta inspección descubrió aquel príncipe el capítulo LXIV del *Ritual funerario*. Estos encuentros de revelaciones de libros religiosos ó científicos se mencionan con frecuencia en la antigua literatura egipcia. Algunas autoridades atribuyen aún la invención de dicho capítulo al rey Ousafais y dicen que el rey Teti pasaba por haber recogido un libro de medicina, del cual poseemos todavía la mejor parte. Otro tratado de medicina encontrado recientemente parece que se remonta al reinado de Kheops. El capítulo LXIV, resumen de la doctrina egipcia sobre la vida futura y la condición del alma, es una de las secciones más oscuras del *Libro de los muertos*, y los egipcios lo entendían tan poco como los modernos.

El sarcófago de Mikerinos, conservado mucho tiempo en la tercera pirámide, era una de las obras más admirables del arte egipcio arcaico. Por desgracia, pereció en la costa de Portugal con el buque que lo transportaba á Inglaterra. No nos queda más que la tapa del féretro de madera de sicomoro en que reposaba la momia del Faraón.

La literatura de la época griega asociaba á estos tres Faraones un príncipe fabuloso llamado Asyquis por Herodoto y Sasyquis por Diodoro de Sicilia. Según el primero, erigió en el templo de Phtah, en Memfis, el pórtico meridional, el más hermoso y el mayor de todos. Para sobrepasar á sus antecesores, construyó una pirámide de ladrillo, donde se ve la inscripción siguiente: «No me despreciéis á causa de las pirámides de piedra: soy tan superior á ellas como Júpiter á los demás dioses, porque sumergiendo un madero en un pantano, y juntando la arcilla que se le pegaba, se ha hecho el ladrillo de que estoy construida.» Según Diodoro, Sasyquis fué uno de los cinco grandes legisladores de Egipto, que reglamentó esmeradamente las ceremonias del culto, inventó la geometría y el arte de observar los astros. Promulgó también una ley sobre el préstamo, autorizando á los particulares á empeñar la momia de su padre, con facultad de que el prestamista dispusiera de la tumba del prestatario. Cuando no se pagaba la deuda, el deudor no podía obtener sepultura para él ni para los suyos, ni en la tumba paterna, ni en otra tumba.

La V dinastía es en todo la prolongación de la IV. Los reyes tuvieron que reprimir en lo ex-

terior las incursiones poco peligrosas de los nómadas de Asia, y explotaron activamente las minas del Sinai. Mantuvieron relaciones hacia el Sur con las regiones del mar Rojo que producen el incienso; llegaron hasta el Puanit y de allí trajeron los *dangas*, enanos enseñados á bailar lo que se llamaba la danza del dios. En lo interior, su vida se adaptó á la rutina de los Faraones memfitas.

Se ocuparon en construir pirámides funerarias, en restaurar los templos, en edificar ciudades nuevas. En resumen, sostuvieron en Egipto el punto de prosperidad y grandeza alcanzado por los reyes de la dinastía anterior.

Véase á continuación, reconstituido lo mejor posible, el cuadro de los reyes pertenecientes á la III, IV y V dinastías; todas ellas memfitas.

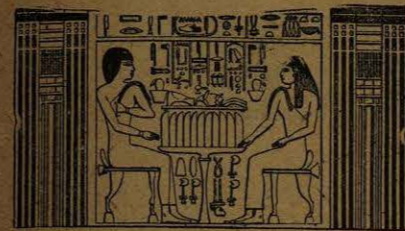
III DINASTIA	IV DINASTIA
I. Bibi-Zazai.	I. Khufoui.
II. Nibka.	II. Didufri.
III. Zosiri.	III. Khafri.
IV. Zosertiti.	IV. Menkauri.
V. Sozes.	V. Shopseskaf.
VI. Nofirkeri.	VI. (?)
VII. Nibkari.	VII. (?)
VIII. Houni.	VIII. (?)
IX. Snofroui.	

V DINASTIA	
I. Ousirkaf.	VI. Ousirniri Anou.
II. Sahuri.	VII. Menkahuru.
III. Kakai.	VIII. Dadkeri Assi.
IV. Nofiririkeri.	IX. Ounas.
V. Shopseskeri.	

En una de las tumbas de Gizeh, un gran funcionario de los tiempos de la VI dinastía se da el título de *Gobernador de la casa de los libros*. Con esta mención, colocada entre títulos más retumbantes, bastaría para demostrar el extraordi-



Jardín de una casa egipcia. (Pintura mural de un sepulcro.)

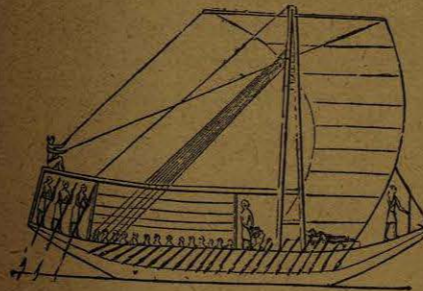


Banquete funerario.

El muerto y su esposa están sentados delante de la mesa del sacrificio, cubierta de panes y de carne. Las inscripciones de arriba describen varios objetos del sacrificio mortuorio, «incienso, fruta, vino, panes, vestidos y terneras.» A ambos lados está representado el portal de una casa.

llenar bibliotecas, y para que un funcionario de la corte se encargara de la conservación de la librería real. Tendría á su cargo, indudablemente con las obras contemporáneas, libros escritos en la época de las primeras dinastías, procedentes del tiempo de Menes, y tal vez de reyes anteriores. Debía componerse el fondo de aquella biblioteca de obras religiosas, capítulos de *El libro de los muertos*, tratados científicos de geometría, medicina y astronomía, crónicas de los reyes antiguos, manuales de filosofía y moral práctica, y probablemente algunas novelas. Por desgracia, no quedan de tanta riqueza más que los fragmentos de una recopilación filosófica. Respecto á lo demás, hay que atenerse á escasas indicaciones, que, completadas y aclaradas por los datos monumentales, apenas permiten determinar la extensión de los conocimientos que entonces poseían los egipcios.

Los astrónomos no tardaron en comprobar



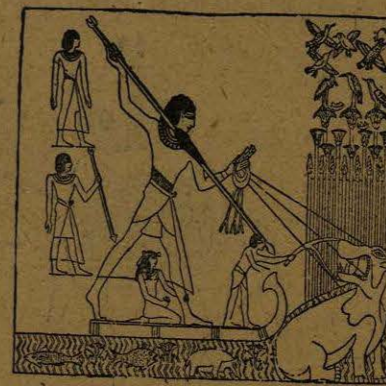
Buque de guerra egipcio. (Pintura mural.)

que ciertos astros parecían animados de un movimiento de traslación á través del espacio mientras otros permanecían inmóviles. Esta observación les indujo á dividirlos en estrellas y planetas. Entre las primeras estaban Horo,

nario desarrollo que había logrado entonces la civilización egipcia. No sólo existía una literatura, sino que era bastante considerable para

«guía de los espacios misteriosos» (Hartapshitiu) nuestro Júpiter, que por su brillo parecía el jefe del grupo; Horo, «generador de lo alto» (Harkahri ó Saturno), la más lejana de las que la vista humana puede columbrar sin auxilio de instrumentos; Harmakhis, Marte, que por su color rojizo fué llamado también Hardoshu (Horo rojo); Sovkou, Mercurio y últimamente Venus, que como estrella de la mañana se llamaba Doau, y Bonau como estrella vespertina. El mismo sol, centro fijo de todos los sistemas antiguos, estaba sometido á la ley de movimiento universal y viajaba por el cielo en compañía de las estrellas errantes.

Para los egipcios era el cielo una techumbre sólida, de hierro, sobre la cual corrían las aguas misteriosas que rodean por todas partes á la tierra. Cuando al crearse el mundo se resolvió



Caza del hipopótamo.

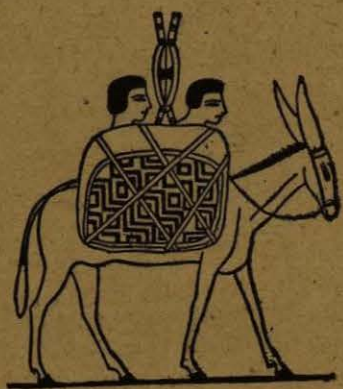
el caos en los actuales elementos, el dios Sohu levantó la techumbre, y el Nilo empezó á caer de arriba por las cumbres de las montañas que limitan el mundo. Sobre este río celestial flotan los planetas y generalmente todos los astros que se ven salir y ponerse desde el valle. Unas veces se los representaban como genios de forma humana ó animal, que viajaban en barcas siguiendo á Osiris. Otras, representaban á las estrellas fijas como lámparas colgadas de la bóveda de hierro, y encendidas todas las noches por un poder divino para que alumbrasen las sombras de la tierra. Se consideraban como de primera categoría entre estos astros-lámparas las simples estrellas ó grupos de estrellas relacionadas con las 36 ó 37 décadas de que se componía el año egipcio. Todas las estrellas visibles á la simple vista habían sido clasificadas y registradas. Varios observatorios examinaban sus fases y trazaban todos los años tablas de sus salidas y puestas.

El más conocido de todos los astros era el astro Isis, Sirio, llamado por los egipcios Sopdit, nombre que los griegos convirtieron en Sothis. Su salida heliaca, que señalaba el primer instante de la inundación, marcaba también el principio del año civil, y en él des-

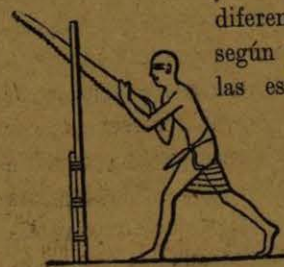


Conducción de jefes de aldea para la liquidación de cuentas. (Sepulcro de Ti.)

cansaba todo el sistema cronológico. El año primitivo de los egipcios que conocemos, tenía doce meses de treinta días cada uno, divididos en tres estaciones de cuatro meses: la *estación del principio* (*Sha*), que correspondía al tiempo de la inundación; la *de las siembras* (*Pro*) correspondiente al invierno; la *de las cosechas* (*Shomu*) correspondiente al verano. Cada mes se subdividía en tres décadas, y cada día y cada noche en doce horas, de modo que el medio día correspondía á la sexta hora del día, y la media noche á la sexta de la noche.



Egipcios de viaje.



Carpintero.

Este sistema tenía inconvenientes que tardaron en mostrarse. Entre el año corriente y el año trópico había una diferencia de cinco días y cuarto, de modo que esta diferencia fué agrandándose según pasaban los años, y las estaciones dejaron de ajustarse á las fases de la luna. Nuevas observaciones decidieron á los astrónomos á intercalar en cada año, después del mes último, cinco días complementarios, llamados *epagómenos*. La época de este cambio era tan antigua, que no se conoce su origen y los egipcios lo atribuían á los tiempos míticos anteriores

al advenimiento de Menes, explicándolo por medio de una leyenda. Aun después de corregido, el año de trescientos sesenta y cinco días no respondió este exactamente al año astronómico de trescientos sesenta y cinco y cuarto. Por lo tanto, cada cuatro años hubo un retraso de un día, y á los mil cuatrocientos sesenta años astronómicos se contaron mil cuatrocientos sesenta y uno años civiles. Después de catorce siglos y medio se restablecía el acuerdo entre ambos años. El principio del año civil concordaba entonces, y por una sola vez, con el del año astronómico, coincidiendo con la salida heliaca por la mañana de Sirio (Sothis), y por lo tanto con el comienzo de la inundación. Los sacerdotes celebraron entonces la salida del astro con fiestas solemnes, cuyo origen debió de ser anterior á los reyes de la primera dinastía, y más tarde, en la época romana, los astrónomos llamaron *período sóhtico* al de 1460-1461, cuya invención les sugirió esta maravillosa coincidencia.



Cocineros egipcios. (Pintura mural.)

De la literatura matemática de la época nada sabemos. Los monumentos nos demuestran, sin embargo, que la geometría estaba muy adelantada en el siglo de las pirámides, á lo menos la geometría práctica, que sirve para medir superficies y calcular volúmenes de lo cuerpos sólidos. Los arquitectos que construyeron las pirámides y las grandes tumbas de Saggara-



Egipcios pulimentando una columna.



Caudillos libios prisioneros.

gioso les impedía, como á los médicos cristianos de la Edad Media, despedazar con fines científicos el cadáver destinado á revi-

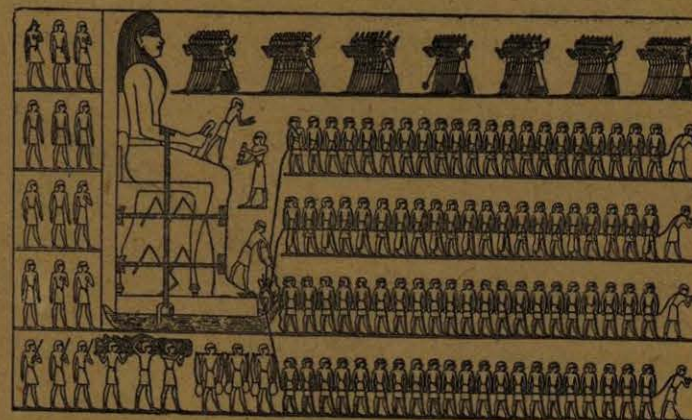
tenían que ser géometras entendidos. Desgraciadamente no nos queda ningún libro suyo. El único tratado de matemáticas existente es dos mil años posterior á dicha época y corresponde á los tiempos de la dinastía XIX.

Más datos poseemos de la medicina egipcia. Además de un tratado cuya invención se atribuye al reinado de Kheops, poseemos dos libros: el primero tiene recetas atribuidas á sabios extranjeros; el segundo, hallado en tiempos de Fusafais, debió de ser completado por Sondou. Los manuscritos de ambas obras pertenecen á las dinastías XVIII y XIX. El texto debió de ser modificado con el curso del tiempo, pero la antigüedad de su origen los conservaba en las escuelas. Formaban parte, indudablemente de la biblioteca del templo de Imoutes en Memphis, que existía aún en la época romana, y de la cual sacaban recetas los médicos griegos.

Egipto es por naturaleza un país sano, y los egipcios cuidaban mucho de su salud. Según Herodoto, cada mes tomaban tres días seguidos, vomitivos y clisterios, por creer que todas las enfermedades procedían de la alimentación, y abundaban los médicos especialistas, á los que se consultaban con preferencia á los médicos ordinarios. Parecieron más numerosos los especialistas á Herodoto, por la constitución médica de un país en que las oftalmías y enfermedades intestinales, por ejemplo, son más frecuentes que en Europa.

No parecen grandes los progresos realizados entonces por la medicina teórica, aunque las manipulaciones de la momificación habrían debido de dar á los médicos ocasiones para estudiar mejor el interior del cuerpo humano. Cierta temor religioso les impedía, como á los médicos cristianos de la Edad Media, despedazar con fines científicos el cadáver destinado á revi-

vir, y su horror á los que quebrantaban la integridad de los tejidos humanos era tan grande, que inspiraba odio el embalsamador encar-



Traslación de una estatua.

La estatua colocada en una especie de trineo es arrastrada por cuatro filas de trabajadores. Según la inscripción, este contingente procedía de gente de la mitad oriental y de la occidental del distrito de la Liebre, y se componía de guerreros y de ciudadanos. En la línea superior se ve la población de la ciudad que acude á saludar á la estatua; en las rodillas de ésta hay un hombre que lleva el compás dando palmadas, y en los pies otro que derrama agua por el camino. Debajo hay hombres con cántaros de agua, otros que llevan un madero, y tres inspectores. Detrás de la estatua sigue el séquito del príncipe del distrito.

gado de practicar las incisiones reglamentarias. Además, los reglamentos médicos no eran para alentar las investigaciones científicas, pues los médicos estaban obligados á ajustarse á reglas prescritas en ciertos libros de origen divino y si se apartaban de ellas, era á riesgo de su vida. En caso de morir el paciente, quedaban convictos de homicidio voluntario, y castigados como asesinos.

El único punto de sus doctrinas familiar para nosotros es la teoría de la circulación. Creían que el cuerpo encerraba cierto número de vasos que acarreaban espíritus vivificadores, los cuales se insinuaban en las venas y arterias, se mezclaban con la sangre y daban movimiento al cuerpo. En el momento de la muerte estos espíritus se retiraban con el alma, la sangre se cuajaba, las venas y arterias se vaciaban, y el ser moría.

No son fáciles de determinar las enfermedades de que tratan los escritos egipcios. Por lo que puede colegirse, eran oftalmías, várices ó úlceras en las piernas, erisipela, lombrices, «la enfermedad divina mortal» *morbus divinus* de los latinos, la epilepsia, y un capítulo especial trata del embarazo y el parto. Los

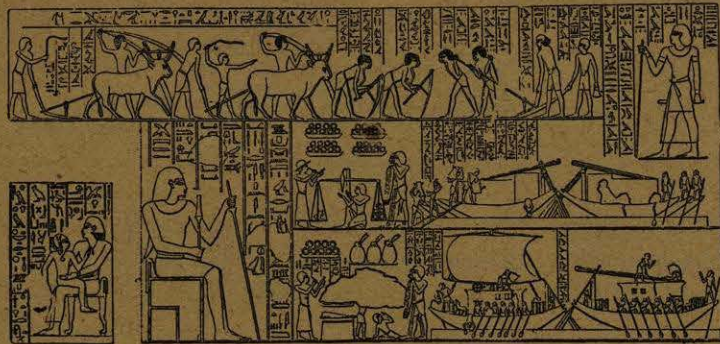


Un cazador llevando una gacela.

diagnósticos están detallados en varios casos y permitirían á un médico especificar la naturaleza de la afección.

Los medicamentos que se aplicaban eran de cuatro clases, pomadas, bebidas, cataplasmas y clisterios, y se componían de materias sacadas de todos los reinos de la naturaleza.

Se citan más de 50 especies de vegetales, desde hierbas hasta árboles como el cedro, cuyo serrín y virutas tenían propiedades lenitivas. También se citaban sustancias minerales, sulfato de cobre (?), sal, nitro y piedra memfita, á la que atribuían virtudes antisépticas. Igualmente se usaban como medicamentos carne viva, corazón, hígado, hiel, sangre fresca ó seca, pelo ó



Laboreo de las tierras. (Pintura mural de un sepulcro.)

En el cuadro superior está representado Paher, príncipe gobernador, inspeccionando el laboreo de sus tierras. Los dos cuadros inferiores representan, uno el acto de cargar el trigo en los buques y tomar inventario del tesoro del príncipe: además dos buques, uno remontando el río y otro descendiendo por el mismo. El otro cuadro representa al gobernador Paher y sobre sus rodillas al príncipe Natmes, cuya educación le había encargado el rey.

asta de ciervo, haciendo todo esto gran papel en la confección de ungüentos. Hay recetas muy raras, en las que entraban leche de mujer que hubiera parido un niño, excremento de león, sesos de tortuga ó un libro viejo cocido en aceite. Los ingredientes se majaban, se cocían y se filtraban ó se mezclaban con agua, cerveza, aceite y orina de hombre ó animal.

Otras enfermedades eran producidas por espectros ó espíritus maléficos que entraban en el cuerpo del hombre. Para curarlas del todo, había que expulsar al demonio, para lo cual solía emplear el médico dos cosas: una fórmula mágica y una receta médica. Si estas conjuraciones no curaban al enfermo, por lo menos le quitaban el terror supersticioso á los espíritus malignos.

La literatura filosófica estaba ya en predicamento. Un papiro que se guarda en Berlín nos ha conservado el fragmento de un diálogo entre un egipcio y su alma, la cual trata de hacer

ver que la muerte no debe aterrar á quien tiene valor para mirarla de frente. Otro papiro, dado por Prisse á la Biblioteca Nacional de París, encierra la única obra completa que nos queda de aquella sabiduría arcaica. Fué copiada durante uno de los primeros reinados de la dinastía XII y es de dos autores que vivieron respectivamente en tiempos de la III y la V; de modo que se le puede llamar el *libro más antiguo del mundo*. Contiene el fin de un libro de moral redactado por un tal Kaqimni, luego otra obra, borrada por un antiguo poseedor del papiro (para sustituirla con otro fragmento que no llegó á escribirse) y acaba con un opúsculo célebre en la ciencia con el nombre de *Instrucciones de Phtahhotpou*. Era éste el hijo de un rey de la V dinastía, y está su obra destinada á enseñar á los ancianos la manera de hacerse útiles, instruyéndolos en la sabiduría de los antepasados para que puedan enseñarla á los jóvenes y propagar la virtud por el mundo.

No es obra de conceptos muy profundos, porque en Egipto se desdeñaban las ideas especulativas, atendiendo más á los hechos positivos, y observando las pasiones, costumbres y debilidades del hombre, no para construir sistemas filosóficos nuevos, sino para reformar lo imperfecto de su naturaleza y enseñar al alma el camino de la gloria. Por eso Phtahhotpou se limita á registrar las reflexiones y consejos que se le ocurren, sin agruparlos, ni sacar de su conjunto deducciones. Da opinion sobre la conducta que se ha de seguir en las diversas circunstancias de la vida. En ciertos casos sabe el autor dar al pensamiento un giro tan ingenioso, que el sentido moral de la frase no se distingue bien entre el artificio de las palabras.

Parece que hubo disturbios al pasar de la V á la VI dinastía.

En los monumentos contemporáneos se menciona á dos reyes, llamados Teti y Ousirkeri Ati, que indudablemente se disputaron el trono. Ati es probablemente el

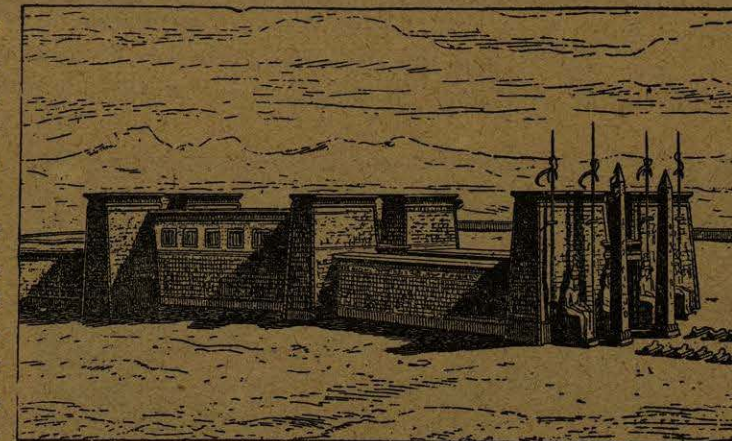
Othoes de Manetón, que fué muerto por sus guardias. No sabemos si el vencedor Teti era pariente de su antecesor. La lista guardada en Turín interrumpe la serie de nombres reales entre él y Ounas, lo cual indica un cambio de familia. Las listas griegas suponen que la dinastía nueva era oriunda de Memfis.

Pepi I Miriri sucedió á Teti. A partir de Pepi I, empezó á declinar la autoridad de Memfis, sobre el resto de Egipto. Los príncipes de la dinastía nueva, sin abandonar la capital antigua, parece que le prefirieron las ciudades del Egipto Medio, y sobre todo Abidos, cuya necrópolis conserva tantos recuerdos de su reinado. No dejaron decaer la grandeza de su país, emprendieron guerras afortunadas en lo exterior y llevaron sus conquistas más lejos que ningún otro Faraón. Pepi I, el segundo rey de la dinastía, es también su héroe. Durante un reinado de diez y ocho años, no se entibió su actividad. Secundado hábilmente por su primer ministro Ouni, recuperó de los nómadas asiáticos los establecimientos del Sinaí perdidos por sus antecesores, sometió á Etiopía y sembró de monumentos Egipto.

Ouni fué primero simple paje (porta-corona) en la corte del rey Teti, luego empleado en la administración del Tesoro, y finalmente inspector de los bosques del Estado. Pepi le distinguió en cuanto empezó á reinar confiriéndole sucesivamente el cargo de *vigilante de los profetas de la pirámide funeraria* y el de *auditor*, que desempeñó perfectamente, por lo cual se le dió en recompensa un zócalo de tumba y un sarcófago de hermosa piedra blanca de Troja. Su actividad y celo le valieron nuevos favores. Fué promovido á la dignidad de *amigo real*, superintendente de la casa de la reina, y se le encargó de la dirección de todos los asuntos. No pudo tener queja Egipto de su administración. Las minas del Sinaí, mejor explotadas, proporcionaron mejores rendimientos, se trazó un camino á través del desierto de Coptos hasta el Mar Rojo, y abrió el comercio una vía cómoda. Se emprendió con vigor la explotación de las canteras de Rohanou,

y aunque han desaparecido casi del todo los monumentos entonces edificados, las inscripciones demuestran lo activo de los trabajos. Se fundó una ciudad nueva en la Heptanómida, cerca de donde vegeta hoy el pueblo de Sheikh Said. El templo de Hathor, en Denderah, edificado en los tiempos fabulosos y derruido después, se reconstruyó por completo con arreglo á los planos primitivos que por acaso se encontraron. A esto se debe el título de *hijo de Hathor* otorgado á Pepi.

En lo exterior, el ministro Ouni logró conquistas. Habitaban en Nubia tribus negras, rebeldes y vencidas á cada paso, que daban fáciles triunfos á los generales del Faraón y llenaban de soldados los cuadros de su ejército. Ouni los



Un templo egipcio antiguo. (Restauración.)

empleó contra los amou y contra los hirushaitou que dominaban los desiertos del istmo y la Siria meridional. El rey formó un ejército de muchos miles de soldados, reclutados en todo el imperio, y Ouni fué puesto al frente de las tropas, auxiliado por chambelanes, *amigos* del palacio, *amigos dorados*, generales, príncipes de las ciudades del Mediodía y del Norte, jefes de los profetas, é intendentes de los templos. Costó mucho trabajo organizar el servicio de provisiones, pero á fuerza de paciencia é industria se estableció el orden, y se emprendió la expedición.

El ejército penetró en el país de los hirushaitou, abrió brecha en sus recintos fortificados, taló sus higueras y viñedos, incendió sus casas, mató millares de enemigos é hizo gran número de prisioneros, que fueron utilizados en las obras públicas ó vendidos como esclavos. Cinco veces fué asolada la tierra de los hirushaitou, y después se emprendió otra campaña contra

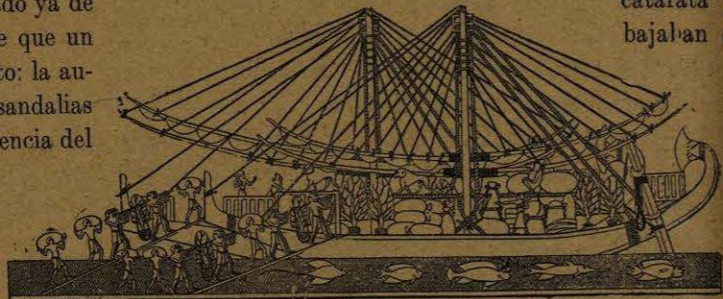
los bárbaros reunidos en el país de Tiba, al Norte del país de los hirushaitou, y su resultado no fué menos favorable. Al regreso de estas expediciones, recibió Ouni, cargado ya de honores, el favor más insigne que un rey podía otorgar á un súbdito: la autorización de no quitarse las sandalias en palacio, ni siquiera en presencia del soberano. La paz reinaba en lo interior, y en el exterior, reconocían Nubia, Libia, y la parte de Siria contigua al Delta, la soberanía de Egipto. Desde el tiempo de Kheops, no había sido el país tan poderoso y feliz. Pepi, disfrutó poco de su gloria. Murió poco después del triunfo de Ouni, dejando la corona á Mirinri Metesouphis, que era casi un niño cuando subió al trono. No sostuvo grandes guerras. El recuerdo de las victorias de



El Nilo en Philoe.

su padre estaba harto presente en la memoria de los bárbaros para que éstos pensaran en rebelarse. Ouni continuó en posesión de sus cargos y fué nombrado príncipe gobernador del país desde Elephantina hasta Letópolis, dignidad no disfrutada hasta entonces por ningún súbdito. Suspendió todas las obras para dedicarse al sepulcro destinado al soberano, lo cual le obligó á viajar por las comarcas sometidas á su autoridad, en busca de granito para la construcción de la tumba. Con semejante fin hubo que llevar á cabo muchos trabajos secundarios, como construir barcos destinados al transporte, y abrir estanques y canales al Sur de Elephantina, en el

país de los nonaitu, recién conquistado. En un año dió cima las diferentes tareas. Los barcos, contruidos en Nubia, franqueaban la primera catarata y bajaban el

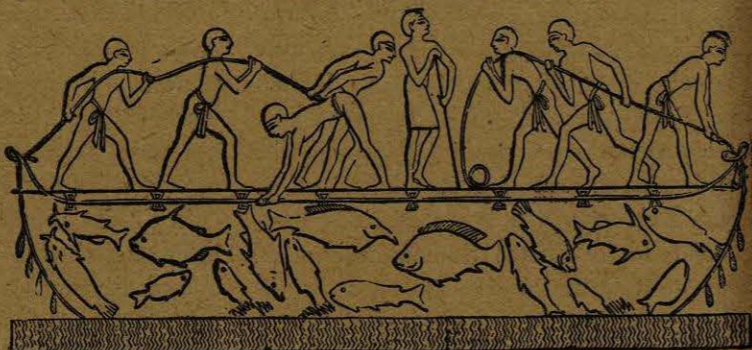


Carga de un buque egipcio.

Nilo. Mirinri visitó personalmente las obras el año V de un reinado. Recibió el homenaje de los jefes nubios y para dejar á la posteridad un recuerdo de su estancia allí, grabó su imagen en las rocas de Asmán. Al poco tiempo murió Ouni, y no tardó en seguirlo el rey.

Fué sucesor suyo su hermano menor Nofirkin, llamado Pepi II, el cual, según Manetón y otros datos, reinó de noventa á cien años. Mandó proseguir la explotación de las minas del Sinaí, rechazó ataques de los bárbaros, y según las inscripciones de su sepulcro, nada perdió Egipto de vigor y prosperidad en su tiempo.

En el Mediodía, sobre todo, se desarrolló la vida con más intensidad, gracias á la habilidad de los señores de Elephantina, que sostenían con los pueblos del valle situados al Sur de la catarata y con los del desierto, relaciones tan pronto de amistad y comercio, como de guerra abierta ó sorda ene-



Egipcios pescando en el Nilo.

mistad. Sus caravanas penetraban á Occidente hasta más allá de los oasis tebanos, y á Oriente

hasta las riberas del Mar Rojo. Uno de ellos, llamado Hirkhuf, se distinguió por su habilidad y por el próspero éxito de sus empresas. En tres



Sarcófago de Micerinos.

viajes entabló relaciones preciosas con las tribus de Timithu, é hizo que varias de ellas reconocieran la soberanía de Egipto. Reinaba Pepi II hacia dos años cuando regresó Hirkhuf de su último viaje, y lo que más agradó al rey (que era casi un niño) fué un *danga* ó enano acostumbrado á

bailar la danza sagrada, procedente de Puanit. Lo mandó llevar á Memphis con grandes precauciones, y recompensó espléndidamente á Hirkhuf. Todos los individuos de la familia de éste eran aficionados á aventuras, pero no tan afortunados. Uno de ellos, llamado Papina-Khiti, después de haber visitado las comarcas de los onanatoi y de los ivitif, en beneficio de Pepi II, fué á reconocer las minas del Sinaí, pero mientras construía un barco para pasar el Mar Rojo, lo sorprendieron y mataron los nómadas. Con trabajo salvaron los soldados su cuerpo, que fué enterrado en Elephantina. Gracias á estas continuas expediciones, se propagó mucho la influencia egipcia, y empezó la colonización de Nubia, que había

de historia no nos quedan más que las leyendas romancescas recogidas por Herodoto y Manetón. Mentefoufis (Mitihinsabf II) fué asesinado en un motín antes de un año de reinado. Su hermana Nitakrit, la hermosa de las mejillas sonrosadas, con la cual siguiendo el uso, se había casado, le sucedió, y no aceptó el trono más que para vengarle. Según Herodoto, hizo edificar una sala subterránea inmensa, y bajo pretexto de inaugurarla, dió un gran banquete, al cual convidó á muchos de los egipcios que habían sido los instigadores del crimen. Durante la comida, hizo penetrar en el salón las aguas del Nilo por un canal oculto, y luego se arrojó en un foso lleno de ceniza, para evitar el castigo.

Durante los siete años de su reinado, Nitakrit había terminado la tercera pirámide grande, no acabada por Mykirinos. Duplicó las



Joyereros egipcios.

menciones del monumento y le añadió un costoso revestimiento de sienita que más adelante admiró á los viajeros griegos, romanos y árabes. Fué sepultada en el mismo monumento, en un magnífico sarcófago de basalto azul, lo cual ha dado lugar á que se le atribuyera, en detrimento del verdadero fundador, la construcción de toda la pirámide. Los viajeros griegos convirtieron á la hermosa de las mejillas sonrosadas de princesa en cortesana y substituyeron el nombre de Nitakrit por el de Rodopis. Contaron que bañándose ésta un día en el Nilo, un águila se apoderó de una sandalia suya, se la llevó á Memphis, y la soltó en las rodillas del rey, el cual, maravillado de la aventura y de la belleza de la sandalia, buscó en todo el país á su poseedora y se casó con ella. El cristianismo y la conquista árabe modificaron también el carácter de la leyenda, sin borrar por completo



Fabricación de cerámica egipcia. (Pintura mural.)

llegado ya hasta Korosco, cuando murió Pepi II. Después hubo disturbios en el país y en vez

el recuerdo de Nitakrit, y según cuenta un libro árabe, el espíritu de la pirámide se aparece en forma de mujer desnuda y hermosa, que cuando sonríe á un hombre, le atrae y enamora de tal suerte, que le hace perder el juicio y andar errante por el país.

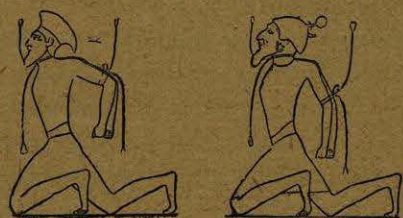
Recientes descubrimientos han dado á la VI dinastía una autenticidad de que carecen las anteriores. Las inscripciones de las pirámides han revelado los nombres de los soberanos que en ellas reposaron. Ounas, último



Investidura de un alto funcionario. (Pintura de una tumba.)

rey de la V dinastía; Teti, primero de la VI; Pepi I, Mirinri I, Pepi II, son personajes tan reales como Setouí I ó Ramsés II. Hasta la momia de Mirinri ha sido encontrada junto á su sarcófago y está en el Museo del Cairo. Las inscripciones de las pirámides funerarias están destinadas á proveer al muerto de víveres y de amuletos que le protegen contra las serpientes y contra los dioses maléficos que le salgan al camino, y eviten que perezca su alma. Forman como un libro inmenso que reconstituye la religión y la lengua antigua de los egipcios.

Desde la muerte de Nitakrit hasta el advenimiento de la dinastía XI, transcurrieron cinco



Caudillos bárbaros prisioneros.

siglos, acerca de los cuales casi nada dice la Historia. Surgieron y desaparecieron rápidamente en este intervalo cuatro dinastías, sin que po-

damos determinar los nombres y el orden de los Faraones que las formaron. Manetón indicaba en primer lugar una VII dinastía memfita que, según una versión, duró setenta días y contó 70 reyes, y según otra, constó de 5 reyes durante setenta y cinco años. Habla después de la VIII dinastía memfita (27 soberanos en ciento cuarenta y seis años), y el papiro de Turín, aunque muy mutilado, indica, efectivamente, en aquella época reinados muy cortos. Nofirka, sucesor inmediato de Nitakrit, fué rey dos años, un mes y un día. Nofrous (Snofruí II) (?) cuatro años, dos meses y un día; otro rey de nombre ilegible, un año y ocho días. Demuestra la insignificancia de estos números las intrigas incesantes y las guerras civiles que arruinaron á Egipto, y probablemente lo dividieron en Estados independientes sobre los cuales los príncipes de la dinastía oficial, residente en Memfis, no ejercieron más que una soberanía nominativa.

Después de siglo y medio de luchas, se extinguió la línea memfita y fué substituída por una familia de origen heracleopolitano. Hakhninsuthen, llamada Heracleópolis por los geógrafos griegos, cuyo nombre todavía se conoce en la forma árabe Ahnas el Medineh, era una de las ciudades más antiguas y ricas del Egipto. Situada en el centro de la Heptanómida, á unas treinta leguas al Sur de Memfis, se elevaba en una isla bastante considerable, entre el Nilo al Oriente y el gran canal que sigue al pie de la montaña líbica al Occidente. Fundada en tiempos prehistóricos alrededor de uno de los santuarios más venerados del país, no tenía importancia política, cuando Khitui, uno de sus príncipes, cuyo nombre convirtieron los griegos en el de Achtoes, la sacó de la obscuridad y logró darla la preeminencia que antes tenía Memfis. Una novela de época tardía le representa como á un rey cruelísimo, que después de cometer muchos crímenes, se volvió loco y fué devorado por un cocodrilo. Reinó sobre todo Egipto, y guerreó contra los nómadas de la península sináitica. Sus primeros sucesores mandaron en el valle lo menos durante un siglo, pero las grandes familias que dominaban en los nomos, se cansaron de obedecerle, y á las cuatro generaciones, los señores de Tebas, auxiliados por todos los del Mediodía, asumieron la dignidad real. Dividióse entonces el imperio

EGIPTO



1 y 2. Plebeyos egipcios.—3. Faraón con su cetro.—4, 5 y 6. Mercaderes egipcios con faldellín.—7. Mujer del pueblo con faldellín sostenido por tirantes.—8. Funcionario palatino con Katasiris transparente.—9, 10 y 11. Damas faraónicas. una de ellas con Katasiris.—12. Esclava.—13. Un Faraón marchando á la guerra.

Lit. E. Fernández. Grabado de Córdoba. T. Madrid.